

Pregón Anunciador de la Festividad de San Nicolás de Bari 2014



Ilustrísimo Señor Vicario Episcopal. Queridos hermanos sacerdotes. Sr. Presidente de la Mayordomía de San Nicolás, Junta Directiva y miembros de la misma. Muy estimados requenenses y cuantos no siendo de aquí vivís en esta noble Villa. A todos buenas tardes.

Es un placer para mí poder estar aquí con vosotros para pregonar vuestras fiestas patronales, en honor a San Nicolás, de las que he tenido el gozo de celebrar y festejar durante los dieciséis años, de muy feliz memoria, que estuve de párroco en esta parroquia. Por eso cuando mis buenos amigos Rafael, Miguel y Luisan (por cierto Luisan, eres tu el que falla para que se complete la famosa tríada de Arcángeles) me ofrecieron realizar esta tarea, después de comprobar en la agenda la compatibilidad de fechas y horarios, acepté gustosísimo una invitación tan atractiva y sugerente para mí.

Pero he de confesaros que después de ver quienes habían sido mis ilustres predecesores en esta misión, y ver que incluso hay quien lo había hecho en verso, querido Fernando dejaste el listón muy alto, me entró un cierto temor de no estar a la altura para dignificar y ensalzar este pregón que os introduce a vuestras fiestas patronales.

Pasados esos primeros momentos de dudas e incertidumbres, que a veces se tienen, son las tentaciones, que como dice el Apóstol San Pedro hay que vencerlas al afirmar: “estad alerta, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda

D. Juan Crespo Climent

Celebrado en el Templo del Carmen el 29 de noviembre de 2014

buscando a quien devorar “(IP. 5, 8). Superada la tentación, me dediqué con ilusión y empeño a preparar este pregón que espero sea de vuestro agrado.

Aunque pueda pareceros contradictorio, lo primero que descarté es hablaros directamente de la persona y vida de San Nicolás, a quien se supone debería ensalzar en este acto. Pero consideré que su vida, con sus muchas anécdotas, son sobradamente conocidas por todos vosotros, al menos lo que la historiografía nos permite conocer, ya que todos los años os son recordadas en estas fiestas y muchos os han hablado de él, yo mismo en esos dieciséis años que ejercí mi ministerio sacerdotal entre vosotros.

Por eso mi discurso se va a centrar en unos puntos que considero importantes y que motivan, fundamentan y dan sentido a toda celebración festiva, ayudando a que reflexionemos sobre ellos y descubramos y apreciemos los valores que se nos transmiten en toda fiesta cristiana.

Y parto de la palabras exhortativas que

Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo” (Ef. 21, 17-20).

Que bueno sería que todos tuviéramos ese espíritu de sabiduría y esa iluminación, de la que nos habla San Pablo, para que pudiéramos comprender la realidad de plenitud y de eternidad que Dios nos ofrece a todos. Realidad que no solamente satisface de una manera plena los anhelos, esperanzas, ilusiones y deseos que toda persona humana tiene, sino que incluso va más allá de todo eso y desborda toda imaginación que el hombre sea capaz de alcanzar.

Y esa meta, Jesús lo llama “Reino de Dios”, a la que todos nos dirigimos, no es solamente una realidad del futuro, en el futuro alcanzará su plenitud, su plena realización, sino que ese “Reino”, ya está actuando entre nosotros, está presente aquí y ahora, y lo hace desde la primera venida de Jesús, si bien de una manera misteriosa, pero no por ello menos real, por eso pide la fe, que creamos en Jesús y en su palabra. Y ese “Reino” es el que motiva y da auténtico sentido a todo fiesta cristiana.

El ser humano es un buscador de felicidad, es la meta que todos intentamos alcanzar a lo largo de nuestra vida personal, y a lo largo de nuestra historia comunitaria. Es el anhelo y el deseo que constantemente surge desde lo más profundo de nuestro ser, y eso sin distinción de sexo, raza, cultura, pueblo o edad. Y esta meta que todos buscamos tan ansiosamente, constatamos día a día, que no es fácil alcanzarla. La realidad de este mundo en el que estamos inmersos y del que todos formamos parte, de varias formas y maneras dificulta, si no impide a veces, el logro de esa meta, y ello a pesar de los innumerables bienes, riquezas y posibilidades de disfrute que nos ofrece esta vida y el propio mundo.

Por todo ello, cada uno de nosotros nos encontramos ante una gran paradoja. Por una parte, el deseo de felicidad que anida en nosotros y la percepción de las múltiples posibilidades que el mundo y la vida nos ofrece para alcanzarla, y por otra las dificultades de todo tipo que encontramos para lograrla. Además, la cosa se compli-ca aún más, al constatar que la vida, el



el Apóstol San Pablo dirige en su carta a los cristianos de Éfeso en el capítulo 1º que dice: “El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os de espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa que desplegó en

mundo, nos ofrecen caminos, formas de vida muy atractivas y seductoras en los que se nos prometen paraísos por sendas que acaban muchas veces degradándonos, esclavizándonos, deshumanizándonos. Son las “manzanas” que el tentador sigue ofreciéndonos. Es lo que de una manera tan bella y poética nos transmite la Sagrada Escritura en ese pasaje tan conocido de Adán y Eva, nuestros primeros padres, en el paraíso terrenal. Entonces, como hoy y siempre, el tentador nos sugiere formas de vida distintas y opuestas de las que Dios nos enseña, para alcanzar la misma meta que ambos nos ofrecen: la plenitud, la dicha, la felicidad, la propia realización humana, la libertad, en definitiva “ser como Dios”. Pero uno, Dios, en la escucha, acogida y cumplimiento de su Palabra, el otro, el tentador, en la propuesta de desobediencia, desafección e incumplimiento de esa Palabra.

La Sagrada Escritura nos dice constantemente a través de sus diversos relatos y formas literarias, como también del testimonio y vida de los distintos personajes que nos presenta, que el hombre sólo alcanza su máxima realización, “su salvación”, en el cumplimiento fiel de la voluntad de Dios.

En cuanto a los relatos bíblicos que nos transmiten esa enseñanza, en el Antiguo Testamento, Moisés, exhortará al pueblo de Israel: “Escucha, Israel, los mandatos y decretos que yo os proclamo hoy. Aprendedlos y observadlos para cumplirlos” (Dt. 5, 1). Exhortación que se repetirá a lo largo de todo el libro del Deuteronomio de diversas maneras: “Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar” (Dt. 4, 1). E incluso será motivo de orgullo y vanagloria para Israel: “Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella. Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación” (Dt. 4, 5-6).

Moisés tomará plena conciencia de que, la Palabra que Dios ofrece al pueblo de Israel, le pone ante una doble realidad, en la que una le lleva a su realización y la otra a su destrucción. Es el problema de la libertad humana que puede elegir entre el bien y el mal. “Mira: yo os propongo hoy bendición y maldición: la bendición, si escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, y os apartáis del camino que yo os mando hoy, yendo en pos de otros dioses que no conocéis” (Dt. 11, 26-

28). Y para que Israel tome plena conciencia de esta verdad y la tengan siempre presente, Moisés mandará al pueblo el famoso “Shemá” (escucha), la oración que los judíos piadosos debían recitar cada día, y en la que hacían profesión de su fe: “Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales” (Dt. 6, 4-9).

En cuanto a los personajes, las Escrituras nos ofrecen como arquetipos de ese testimonio, entre otros, la figura de la Virgen María que manifiesta su plena disposición al cumplimiento de esa voluntad, al responder al ángel: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1, 38). Pero sobre todo nos ofrece la de su hijo Jesucristo que proclamará: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra” (Jn. 4, 34). O cuando los padres de Jesús le buscan durante tres días y le encuentran en el Templo de Jerusalén les contesta: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Y respondiendo a quienes le advertían que su madre y sus hermanos estaban fuera y querían verle les dice: “Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc. 8, 21). O cuando una mujer queriendo expresar un piropo a su madre exclama: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron”. Pero él dijo: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc. 11, 27-28). Y por último en ese momento previo a su pasión, en la oración del huerto de los olivos, Jesús reza: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22, 42).

San Agustín expresará toda esta sabiduría, de una manera muy bella y esquematizada en una frase, en sus célebres Confesiones:



“Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti”. Todo lo dicho hasta ahora nos señala dónde el hombre encuentra la satisfacción de sus aspiraciones más profundas, la búsqueda de la felicidad, y se nos muestra a Dios como único capaz de responder, y como único camino para alcanzarla. El problema consiste en saber si nos fiamos y acogemos esta verdad que Dios nos ofrece a todos, o seducidos por las “manzanas” que el mundo o el tentador nos sigue presentando, nos dejamos llevar y conducir por ellas. Así pues, hemos de preguntarnos: ¿de quién nos fiamos?, ¿a quién escuchamos?,

¿a quién o a qué hacemos caso? Es la decisión que todos estamos llamados a tomar.

Las fiestas patronales que os disponéis a celebrar pretenden ayudaros a tomar tal opción y acertar en ella, de forma que acojamos la mejor. Ya que las fiestas nos introducen en una tradición en la que nuestros antepasados han sabido transmitirnos, a través de unos actos, signos, celebraciones y ritos lo que para ellos era realmente importante, y ellos comprendieron que Jesucristo es el centro de todo, sin el cual no es posible hacer auténtica "Fiesta".

En la medida en que la fiesta tenga un sentido religioso, más aún cristiano, no estará cerrada y centrada en ella misma, sino que desde el recuerdo del pasado que se festeja, nos abre a un futuro de plenitud del que queremos prefigurar, anunciar y vivir festiva y gozosamente en el momento presente. Teniendo plena conciencia de que la auténtica fiesta no la viviremos más que en el Reino de Dios, del cual toda fiesta cristiana quiere ser anuncio y anticipo.

Por ello, desde el anuncio del Reino de Dios, Jesucristo es el personaje central de toda fiesta cristiana, pues aunque festejemos a su madre la Virgen María, en una de sus múltiples advocaciones con que los cristianos la veneramos, aquí Nuestra Señora de los Dolores, o cualquier santo, nosotros San Nicolás, todos ellos los celebramos en tanto han sido unidos e incorporados al misterio de salvación realizado por Jesucristo y participan ya, de alguna manera, de aquella realidad de plenitud a la que, como Iglesia peregrina, nos encaminamos todos los creyentes en Cristo.

Para quienes creemos en Jesucristo, la fiesta surge como expresión y manifestación de ese encuentro, a través de la fe, con Él. Encuentro que nos llena de alegría y esperanza al dar sentido a nuestra vida.

El hecho central de la historia de la humanidad, junto con la encarnación del Hijo de Dios, es la resurrección de Jesucristo, con los que Dios Padre nos manifiesta su deseo y voluntad de salvación. Hechos que muestran una historia personal, la de Jesús de Nazaret, inmersa en la historia de un pueblo, el de Israel, pero con repercusión universal sin límite alguno de espacio o tiempo. Por ello la acción salvífica que Dios Padre realiza por medio de su Hijo, Jesucristo, y la continua por el Espíritu Santo, alcanza a todo hombre de cualquier época, lugar o condición.

Es desde la fe, como el creyente tiene una visión alegre y esperanzada de la vida, aún ante las experiencias a veces dolorosas y tristes que la vida nos depara, porque sabe de la transitoriedad y limitación de la misma, pero también sabe que está llamado, por la resurrección, a la participación de una vida en plenitud y eterna. Esto es precisamente lo que da sentido y motiva toda auténtica fiesta.

No es, pues, un contrasentido que los cristianos celebremos en nuestras fiestas a un crucificado, signo de horror, de destrucción y de muerte. Forma parte el sufrimiento, como decíamos antes,

de la experiencia de la vida humana. Lo sería si todo hubiese terminado en la cruz y además haría imposible celebrar con sentido cualquier fiesta. Pero porque la cruz no fue el final, porque Jesús resucitó, la fiesta, cualquier fiesta cobra para el creyente una nueva perspectiva sumamente esperanzadora y alegre.

En la fiesta el creyente manifiesta y celebra, aquella realidad de plenitud y eternidad, que se muestra en Cristo resucitado, y a la que estamos llamados a participar un día plenamente y que ahora y aquí lo empezamos ya a vivir y experimentar, si bien todavía con sombras.

Y María, la madre de Jesús, acompaña a su Hijo en todo ese proceso de salvación. Ella misma vivirá desde la fe la realización de ese plan salvífico, poniéndose en total disposición a la voluntad de Dios. Jesús nos la ofrece como madre de todos, para que ejerciendo con todos nosotros su mediación e intercesión, nos ayude a alcanzar esa "Fiesta" a la que su Hijo nos invita y de la que ella ya goza plenamente.

San Nicolás, como todos los santos que la Iglesia nos ofrece como modelos, nos da testimonio de una vida vivida desde la fe y la esperanza en el cumplimiento de la promesa de salvación que Jesucristo nos hace a todos, y de la cual él ya participa. Por eso desde aquí os invito a celebrarlo, festejarlo y pedir su intercesión a fin de que él os ayude, como patrono, a manteneros firmes en esa fe y en esa esperanza en la que San Nicolás vivió, para que también nosotros, un día, podamos participar de esa "Fiesta" de la que San Nicolás está ya gozando.

Concluyo con todo afecto, deseándoos sinceramente que tengáis unas muy felices fiestas patronales.

¡Viva San Nicolás! ¡Viva Requena!



grupo
Codelca
Componentes del Calor

**TU CONFIANZA
NUESTRA RESPONSABILIDAD**

Almacén: Capitán Gadea, 29
Oficinas: Calle Rozaleme, 8
Tienda: Calle del Carmen, 2

REQUENA (Valencia)
96 230 49 95 - 96 234 98 10
www.codelca.es